

llevaba. ¡Casco! El José Casco, de los Bravaes, borracho, rompiendo hacia él sin conocerlo, con una hoz enorme, berreando: «¡Muera, que es un marrano!»... Y él, en la carretera, con un bastoncillo. Pero da un salto, resbala la hoz sobre... Entonces arremete blandiendo el bastón, llamando á Ricardo, á Manuel, como si ambos lo escoltasen, y aturde á Casco, que retrocede y se sume por el pinar, tambaleándose y gruñendo...

— ¿Qué te parece? Si no es por mi audacia, el hombre positivamente me descerraja un *tiro de escopeta*.

Benito, que casi se bañaba con el jarro olvidado destilando sobre la alfombra, pestañeó confuso, pero atónito:

— El señor doctor dijo que era una hoz.

Gonzalo batió el pie impaciente.

— Corrió hacia mí con una hoz. Pero venía detrás el carro... Y en el carro traía la escopeta. Casco es cazador y siempre anda con la escopeta. En fin, estoy aquí vivo en la Torre por merced de Dios. Y también porque, felizmente, en estos casos no me falta decisión.

Y apresuró á Benito, porque con el susto y con el esfuerzo positivamente le temblaban las piernas de hambre y de cansancio..., además de sed.

— Sobre todo, sed. Ese vino que venga bien fresco. Del Verde y del Alvarallao para mezclar.

Benito, con un tremendo suspiro de emoción,

llenó la jofaina y extendió las toallas. Después, dijo gravemente:

— Pues, señor doctor, tenemos aquí lo mismo que le sucedió al señor Sanches Lucena en la *Feitosa*.

— ¿Cómo al señor Sanches Lucena?

Benito narró una tremenda historia, traída á la Torre durante la estancia del señor doctor en Oliveira, por el cuñado de Crispula, el Ruy carpintero que trabajaba en las obras de la *Feitosa*. El señor Sanches Lucena estaba un día en la puerta de la quinta, cuando pasan por la carretera dos jornaleros borrachos ó entrometidos que molestan al excelente señor con cuchufletas, risas y memeces. El señor Sanches aconsejó con paciencia á los hombres que siguiesen y no se desmandasen. De repente, uno de ellos sacude la chaqueta del hombro y levanta el cayado. Felizmente el compañero gritó: ¡Rapaz, que es nuestro diputado!» El rapazote marchó despavorido. El otro, hasta se puso de rodillas delante del señor Sanches Lucena. Pero el pobre señor, con el disgusto, recogióse en la cama.

Gonzalo oyó impresionado la historia, secándose lentamente las manos en la toalla.

— ¿Cuándo fué eso?

— Pues ya le dije al señor doctor... Cuando el señor doctor estaba en Oliveira. Un día antes ó un día después de los años de la señora doña Gracia.

El hidalgo dejó la toalla y limpióse pensativamente las uñas. Después, con una sonrisa incierta y leve, murmuró:

— En fin, siempre sirvió de alguna cosa á Sanches Lucena ser diputado por Villa-Clara.

Y ya vestido, abasteciendo la petaca (porque resolvió pasar la noche en la Villa para desahogar con Gouveia), se volvió de nuevo hacia Benito, que arreglaba la ropa:

— ¿Entonces el borracho, cuando el otro gritó: «¡Que es nuestro diputado!», cayó en sí y huyó? Ahora, ve tú si vale ser diputado; si inspira respeto. Por lo menos inspira más que descender de los reyes de León... Paciencia; toca á comer...

Durante la comida, copiosamente mezclada de Verde y de Alvarallao, Gonzalo no cesó de rumiar la osadía de Casco. Por vez primera, en la historia de Santa Ireneia, un labrador de aquellas aldeas, crecidas á la sombra de la casa ilustre, por tantos siglos señora en monte y valle, ultrajaba á un Ramires, y brutalmente, alzando el cayado delante de la quinta histórica... Contaba su padre que en vida del bisabuelo Ignacio, todavía, desde Ramilde hasta Corinde, los hombres doblaban la rodilla en los caminos cuando pasaba el señor de la Torre. Ahora levantaban la hoz... Y ¿por qué? Porque él no se desfalcará sumisamente de sus rentas en provecho de un valiente. En tiempos del abuelo Tructesindo,

villano de tal atentado se asaría como jabalí en una ruidosa hoguera delante de las barbacanas de la Honra. Todavía en vida del bisabuelo Ignacio perecería en una mazmorra. Casco no podía quedar sin castigo. La impunidad sólo le hincharía la audacia; y rencoroso, en otro encuentro, sin hablar más, descerrajaría un tiro. ¡Oh, no le deseaba un mal duradero, cuitado, con dos hijos pequeñísimos, uno que mamaba! Pero sí que lo arrastrasen al Juzgado entre dos policías, y que allí llevase una represión tremenda de Gouveia, de Gouveia, muy seco, muy estirado en su traje negro. Así debía resguardarse, por medios tortuosos, puesto que no era diputado, y que, con su talento y su nombre, ese espantoso linaje de abuelos que edificara el reino carecía del prestigio de un Sanches Lucena, del precioso prestigio que suspende en el aire los garrotes atrevidos.

Apenas terminó el café mandó avisar por Benito á los dos mozos de la huerta para que le esperasen armados en el patio. Porque en la Torre aún supervivía una «Sala de armas», tenebroso cuartón junto al Archivo, donde se amontonaban piezas abolladas de armaduras, una loriga de malla con broquel morisco, alabardas, espadones, bacamartes de 1820, y entre esta polvorienta herrumbre negra tres escopetas limpias, con las que los mozos de la quinta, en la romería de San Gonzalo, tiraban descargas en loor al santo.

Después metióse un revólver en el bolsillo y

desenterró del armario del corredor un viejo bastón de contera en forma de chuzo, y así precavido, alentado por el Verde y el Alvarallao, con los dos criados de escopeta al hombro, importantes y tiesos, partió para Villa-Clara en busca del señor administrador del concejo. La noche envolvía los campos en sosiego y frescura. La luna nueva rozaba las crestas de los oteros de Valverde, como la rueda lustrosa de un carro de oro. En el silencio, los zapatonos claveteados de los dos jornaleros resonaban con cadencia, y Gonzalo delante, con el cigarro flamígero, gozaba de aquella marcha en que de nuevo un Ramires trillaba los caminos de Santa Ireneia con hombres de su merced armados.

Al comienzo de la villa, sin embargo, dejó discretamente la escolta en la taberna de la Serena, cortando por el Mercado de la Hierba, para la Tabaquería de Simoes, donde Gouveia, á aquella hora, antes de la partida en el Casino, acostumbraba á detenerse para comprar una caja de fósforos y considerar pensativamente en la vidriera los décimos de la lotería. Pero en esa noche, el señor administrador faltó al Simoes acostumbrado. Marchó entonces hacia el Casino. Abajo, en el billar, un sujeto, calvo, que contemplaba el juego, reclinado en un diván, con el cuello desabotonado, mascando un palillo, informó al hidalgo de la dolencia del amigo Gouveia.

— Cosa leve, inflamación de garganta...

Vuestra excelencia, de cierto, lo encuentra en casa. No sale del cuarto desde el domingo.

Otro caballero, que tomaba café, arguyó que el señor administrador paseó ya por tarde. A las cinco lo había encontrado en Amoreira con el cuello envuelto en una manta de lana. Gonzalo atravesaba, impaciente, la Calzadilla, cuando descubrió al deseado Gouveia á la puerta muy alumbrada de la tienda de paños de Ramos, conversando con un hombretón de fuerte barba retinta.

Y fué Gouveia quien marchó hacia Gonzalo:

— Entonces, ¿ya sabe?

— ¿El qué?

— ¿Pero no sabe, hombre? Sanches Lucena...

— ¿El qué?

— Murió.

El hidalgo miró estupefacto al administrador; después á otro caballero que intentaba meter en la mano, enorme, con un esfuerzo inmenso, un guante negro, apretado y corto.

— ¡Santo Dios!... ¿Cuándo?

— Esta madrugada; de repente. Angina pectoris, no sé qué en el corazón... De repente, en la cama.

Miráronse silenciosos, en el estupor de aquella muerte que impresionaba á Villa-Clara. Por fin, Gonzalo dijo:

— Y yo todavía hace muy poco, en la Torre, hablando de él. Y, como siempre, con poca admiración.

— ¡Y yo! — exclamó Gouveia —. Yo, que todavía le escribí hoy una carta cumplida para recomendarle á Manuel Duarte. . . Fué el cadáver quien recibió la carta.

— Buena salida — rezongó el sujeto obeso, que se debatía aún heroicamente con el guante—. El cadáver recibió la carta. . . Buena salida.

El hidalgo retorció pensativo el bigote.

— ¿Y qué edad tenía?

Gouveia siempre lo imaginó un valetudinario de setenta inviernos. Pues no: sesenta en Diciembre. Pero consumido, arrasado. Se casó ya viejo con una mujer muy fuerte.

— Y ahí tenemos á la bella doña Ana, viuda á los veintiocho años, sin hijos, naturalmente heredera de 200.000 duros. . .; tal vez más.

— Buena proposición — roncó de nuevo el ocupado hombre, que, después de calzarse el guante, gemía ahora con las venas túmidas para abrochárselo.

Aquel caballero molestaba al hidalgo, ansioso por desahogar con Gouveia sobre «la vacante política» inesperadamente abierta en el distrito de Villa-Clara por la brusca desaparición de su jefe tradicional. No se contuvo; cogió al administrador por la solapa, para llevarlo hacia la sombra favorable de la pared.

— Gouveia; ¿entonces tenemos ahora elección parcial? . . . ¿Quién vendrá por el distrito?

— Ahora, mi amigo — contestó Gouveia —,

con el tío de Cavalleiro, ministro de Justicia, y José Ernesto, ministro del Reino, sale diputado por el distrito quien Andrés Cavalleiro mande. . . Sanches Lucena salió siempre por indicación natural del partido. Era aquí el primer hombre, el gran hombre de los Históricos. Hoy, para decidir, como falta la indicación natural del partido, ¿qué queda? El deseo personal de Cavalleiro. Usted sabe lo regionalista que es Cavalleiro. Por el distrito sale, pues, lógicamente, quien presente Cavalleiro como un buen continuador de Lucena, por la influencia y por la estabilidad territorial. . . En otro distrito todavía se puede encajar un diputado fabricado en Lisboa en los ministerios. Aquí no. El diputado tiene que ser local y cavalleirista. Y el propio Cavalleiro, créalo usted, está á estas horas sin saber á quién indicar.

El gordiflón murmuró con impaciencia, chupando un inmenso cigarro:

— Mañana lo veré yo. . .

El administrador calló y se rascaba la barba, clavando en Gonzalo los ojos, que rebrillaban cual si una dichosa idea, casi una inspiración, los iluminase. Y de repente, dirigiéndose al otro, que se acariciaba la barba:

— Pues, mi caro señor, hasta mañana. Quedamos en que yo remito el cesto de higos directamente al señor consejero.

Colgóse del brazo de Gonzalo, que apretó con impaciencia. Y sin atender más al hombretón,

que saludaba, arrastró al hidalgo hacia la calle silenciosa.

— Gonzalo, oiga... Usted tenía ahora una ocasión soberbia. Si usted quisiese, dentro de pocos días era diputado por Villa-Clara.

Paróse el hidalgo de la Torre como si una estrella hubiese caído de repente en la calle mal alumbrada.

— Escuche ahora — exclamó el administrador abandonando el brazo de Gonzalo para exponer más libremente su idea —. Usted no tiene compromiso serio con los Regeneradores. Usted dejó á Coimbra hace ya un año é intenta ahora la vida pública; nunca hizo, por tanto, acto definitivo de partidario. Allá, una que otra correspondencia para los periódicos, historias...

— Pero...

— ¡Escuche, hombre! ¿Usted quiere entrar en política? ¿Quiere? Entonces, por los Históricos ó por los Regeneradores, poco importa. Ambos son constitucionales, ambos son cristianos... La cuestión es entrar. Ahora, inesperadamente, encuentra usted una puerta abierta. ¿Qué es lo que le puede embarazar? ¿Sus enemistades particulares con Cavalleiro? ¡Bobadas!

Hizo un gesto seco, como si con él barriese esas puerilidades:

— ¡Bobadas! Entre ustedes no hay muerte de hombre. Ni ustedes, en el fondo, son enemigos. Cavalleiro es mozo de talento... No veo otro

aquí en el distrito con quien usted tenga más conformidad de espíritu, de educación, de maneras, de tradiciones. En una tierra pequeña, día más, día menos, fatalmente se impone una reconciliación. Ahora la reconciliación le lleva á las Cámaras... Y, repito, por el distrito de Villa-Clara sale diputado quien Cavalleiro mande.

— Pero Cavalleiro, como usted dice, es muy local, muy regional... No querrá imponer sino un hombre como Sanches Lucena, con fortuna, con influencia...

El otro paróse y alargó los brazos:

— Entonces, ¡qué diablo!; usted tiene aquí propiedad. Tiene la Torre, tiene Treixedo. Su hermana hoy es rica, más rica que Lucena. Y después el nombre, la familia... Ustedes, los Ramires, están establecidos con solar en Santa Ireneia hace más de doscientos años...

El hidalgo de la Torre levantó la cabeza vivamente:

— ¿Doscientos?... Hace mil años; hace casi mil...

— Pues ahí tiene... Hace mil años. Una casa anterior á la monarquía. Por lo menos coetánea. Usted es, por lo tanto, más hidalgo que el rey. ¿Y eso no es una situación muy superior á la de Lucena? Sin contar con la inteligencia... ¡Diablo!

— ¿Y qué fué?

— La garganta. Un pinchazo en la garganta. Todavía no estoy bien del todo.

Decidió recogerse para gargarizar, porque el doctor Macedo le había prohibido los trasnoches festivos. Gonzalo acompañaba al amigo Gouveia hasta la puerta, y envolviéndose en el tapabocas de lana, el administrador resumió su idea:

— Por el distrito de Villa-Clara, Gonzalo, sale quien Cavalleiro mande. Ahora Cavalleiro, créalo usted, tiene inmenso empeño en que usted se meta en política del brazo de él. Si usted, por lo tanto, extiende la mano á Cavalleiro, el distrito es suyo; Cavalleiro tiene el mayor, el mayorísimo empeño, Gonzalo.

— Eso es lo que yo no sé, Juan Gouveia.

— Lo sé yo.

Y en la soledad de la calle, Gouveia reveló al hidalgo que Cavalleiro ansiaba la ocasión de volver á la antigua fraternidad con su antiguo amigo Gonzalo. Todavía la semana pasada Cavalleiro le dijo: «Entre los jóvenes de esta generación, ninguno con más seguro y más largo porvenir en la política que Gonzalo. Lo tiene todo: gran nombre, gran talento, elocuencia y seducción... Lo tiene todo, y yo, que conservo por Gonzalo el cariño antiguo, gozaría ardientemente, ardentísimamente, con llevarlo á las Cámaras.»

— Palabras textuales, mi amigo. Todavía no hace siete días, en Oliveira, después de comer, tomando café en la huerta.

La cara de Gonzalo ardía en la sombra, y

como descubriendo cándidamente todos los escondrijos de su alma, dijole á Gouveia:

— Yo, en realidad, también conservo simpatía por Cavalleiro, y ciertas cuestiones íntimas envejecieron, caducaron, prescribieron, como los agravios de los Horacios y de los Curiacios... Como usted recordó hace poco, y con razón, nunca hubo entre nosotros la muerte de un hombre. ¡Qué diablo! Yo fuí educado con Cavalleiro, éramos como hermanos, y créame usted, Gouveia, siempre que lo veo siento un ansia de correr hacia él, de gritarle: «¡Andrés, nubes pasadas no vuelven: abrázame!» Crea usted, no lo hago por timidez... No, lo que es por mí, estoy pronto á la reconciliación: me la pide el alma... ¿Pero él? Gouveia, yo, en mis correspondencias á la *Gaceta de Oporto*, he maltratado ferozmente á Cavalleiro.

Juan Gouveia paróse con el bastón al hombro, considerando al hidalgo en una sonrisa divertida:

— ¿En las correspondencias? ¿Qué le ha dicho usted en las correspondencias? Que el señor gobernador civil es un déspota y un don Juan. Mi amigo, todo hombre gusta que por oposición política le llamen déspota y don Juan. ¿Usted cree que él se molestó? Al contrario, hombre.

El hidalgo murmuró inquieto:

— Sí; pero las alusiones á los bigotazos y á la melena...

— Bellos cabellos anillados, bellos bigotes

torcidos, no son defectos de que un macho se avergüence. . . Por el contrario. Todas las mujeres lo admiran. ¿Usted piensa que ridiculizó á Cavalleiro? No: anunciéles á las señoras y señoritas que leen la *Gaceta de Oporto* la existencia de un mocetón espléndido que es gobernador civil de Oliveira.

Y parando de nuevo (porque de frente, en la esquina, lucían las dos ventanas abiertas de su casa), el administrador extendió el dedo como para dar un consejo supremo.

— Gonzalo Mendes Ramires se mete en su coche, corre á la ciudad, entra por el Gobierno civil con los brazos abiertos, y grita sin preámbulos:

«Andrés, lo que pasó, pasó, y vengan esas costillas. Y como el distrito está vacante, venga también el distrito.» Y usted, dentro de cinco ó seis semanas, es el señor diputado por Villa-Clara. ¿Quiere tomar té?

— No, gracias.

— Bien: entonces, mañana vaya al Gobierno civil. Está claro que es necesario buscar un pretexto.

— Tengo pretexto. No; quiero decir, tengo necesidad real, absoluta de hablar con Cavalleiro ó con el secretario. Es una cuestión del caso. . . Por eso vine yo hoy.

Dibujó la aventura de Casco con trazos que la ennegrecían. Durante varias semanas, ese fa-

tal Casco le torturaba para arrendarle la Torre. Pero él trató con Pereira, el Pereira brasileiro, por una renta espléndidamente superior á la que Casco ofrecía temerosamente. Entonces Casco, rugiendo, amenazábalo por todas las tabernas de la feligresía, y aquella tarde lo amenazó con una estaca. Defendióse con su bastón. Mas ahora, sobre su sosiego, sobre su vida, suspendíase aquel cayado, y él estaba dispuesto á despachar á Casco de un balazo. Urgía, pues, que el amigo Gouveia llamase al hombre, lo reprendiese duramente y lo tuviese unas horas en la cárcel. . .

El administrador, que escuchaba palpándose la garganta, le atajó:

— Gobierno civil, caro amigo, Gobierno civil. Esos casos de prisión preventiva pertenecen al Gobierno civil. Reprensión no basta con esa fiera. Cárcel, un día de cárcel á media ración. Que me mande el Gobierno civil un oficio, un telegrama. Usted realmente corre peligro. No pierda ni un instante. Vaya al Gobierno civil. Aunque no sea más que por amor del orden público.

Gonzalo, encogiendo los hombros, cedió ante esta soberana razón del orden público.

— Efectivamente, se trata de una cuestión de orden público. Voy mañana al Gobierno civil.

— Perfectamente — concluyó el administrador, tirando del cordón de la campanilla —. Dé recados míos á Cavalleiro. Yo sólo le digo que la votación será tremenda. ¿No quiere tomar té?

Entonces, buenas noches. Y mire... De aquí á dos años, cuando sea ministro, recuerde esta nuestra conversación junto á mi puerta.

Gonzalo siguió pensativamente por frente al Correo, rodeó la blanca escalera de la iglesia de San Benito, metióse alelado y sin reparar por la carretera plantada de acacias que conduce al cementerio, y en aquel alto de la Villa, desde donde se abarca toda la vastedad de los campos, de Valverde á Craquéde, sintió que también en su vida solitaria se abría un horizonte lleno de abundancia. Era el muro que siempre imaginara irreparablemente cerrado y que de repente se abría. Era la rendija facilitadora. Más allá de ella brillaban todas las bellas realidades que desde Coimbra apetediera... Pero al atravesar la rendija se rasgaría su dignidad ó se rasgaría su orgullo. ¿Qué hacer?...

Sí, seguramente, con la amistad de Cavalleiro conquistaba la elección. El distrito elegiría sumisamente al diputado que el jefe Histórico ordenase. Pero esa reconciliación importaba la entrada triunfal de Cavalleiro en casa de Barrolo... Vendía, pues, el sosiego por un escaño en San Benito. No, no podía, por amor de Graciña. Gonzalo suspiró en el silencio de la carretera.

Ahora, durante tres ó cuatro años, los Regeneradores no serían Poder, y él permanecería allí, en el agujero rural, jugando volteretas soñolientas en el casino de la Villa, sin carrera, para-

do y mudo en la vida, enmusgucciendo como su caduca é inútil Torre. ¡Caramba, era faltar cobardemente á deberes muy santos para con su nombre! En breve sus camaradas de Coimbra llegarían á los altos empleos, á las ricas Compañías, muchos á las Cámaras, alguno que otro, más audaz ó más servil, al Ministerio. Sólo él, con talentos superiores y un extraordinario brillo histórico, yacería olvidado y rezongando como un cojo en una carretera cuando pasan las gentes hacia la romería. ¿Y por qué? Por el recelo pueril de poner los bigotazos atrevidos de Cavalleiro muy cerca de los flacos labios de Graciña... En último término, ese recelo constituía una injuria, una enojosa injuria para la seriedad de la hermana. Porque Portugal no se honraba con mujer más rígidamente seria, de más grave y puro pensar. Aquel cuerpecito ligero, que el viento doblaba, contenía un alma heroica. ¿Y Cavalleiro?... Podía su excelencia sacudir la melena con gracia fatal, derramar de los ojos pestañudos la languidez. Graciña permanecería tan inaccesible y sólida en su virtud como si fuese asexual y de mármol. ¡Realmente, por Graciña abriría él á Cavalleiro todas las puertas de los Cuñaes, hasta la puerta del cuarto de ella... Y, después, no se trataba de ninguna doncella ni de ninguna viuda. En la casa del paseo del Rey gobernaba, merced á Dios, marido rígido. A ese, sólo á ese competía ocuparse de las intimidades de su hogar y

mantener en él calma y recato. No; el recelo de una imaginable fragilidad de Graciña, de su honrada y altiva Graciña, debía barrerlo del corazón... Y en la clara soledad de la carretera, Gonzalo Mendes Ramires hizo un gesto decidido, terminante, barredor.

Quedaba, no obstante, su propia humillación. Desde hacía años, ruidosamente, conversando y escribiendo, en Coimbra, en Villa-Clara, en Oliveira, en la *Gaceta de Oporto*, estaba demoliendo á Cavalleiro. ¿Y subiría ahora con el espinazo encorvado las escaleras del Gobierno civil, murmurando su *pecavi, mea culpa, mea máxima culpa?* ¡Qué escándalo en la ciudad! «El hidalgo de la Torre ya lo necesitó y ya lo vió...» Era el desbordante triunfo de Cavalleiro. El único hombre que en el distrito se conservaba altivo, proclamando las verdades, desarmábase, enmudecía y encogidamente se sumaba al séquito adulador de su excelencia. . . ¡Pero, qué diablo! Había sobre todo esto el interés del país, y tan admirable le pareció la razón, que gritó con ardor en el silencio de la carretera: «¡Ah, el país!...»

Sí, el país. ¡Cuántas reformas que proclamar y realizar! En Coimbra, en el quinto año, ya se ocupó de Instrucción pública, de una remodelación de la Enseñanza industrial, colonial, sin latín, sin ociosas Humanidades, creando un pueblo, hormiguero de productores y de exploradores. . . Y los camaradas, en los ensueños triunfales del

futuro cuando repartían los Ministerios, señalaban siempre: «á Gonzalo para Instrucción pública». Por esas ideas poderosas, todo él se debía á la nación, como en otro tiempo por la fuerza los grandes Ramires armados, y por la nación cumplía que su orgullo de hombre cediera ante su tarea de ciudadano.

Después, ¡quién sabe! Entre Cavalleiro y él, existía todo un pasado de compañerismo, apenas entorpecido, que tal vez reviviese en ese encuentro, los enlazase en un abrazo penetrante, donde los antiguos agravios se sumirían como un polvo sacudido... ¿Para qué pensar más? Una necesidad se sobreponía ineludible: la de comparecer por la mañana en Oliveira, en el Gobierno civil, requiriendo la encarcelación de Casco. De esa promesa dependía el sosiego de su vida y el de su inteligencia. Nunca lograría trabajar en la novela, trillar holgadamente la carretera de Villa-Clara, sabiendo que en torno de él, por las sombras, rondaban con una escopeta, y para no regresar á las cumbres bravías de sus abuelos, circulando por el concejo entre las carabinas de los criados, necesitaba á Casco domado, inmovilizado. Era, pues, necesario correr al Gobierno civil para bien del orden, y después, cuando se encontrase en el gabinete de Cavalleiro, delante de la mesa de Cavalleiro, la Providencia decidiría. . .

Abroquelado en esta resolución, el hidalgo de la Torre se detuvo. Llevado por tan alentadores